

STAR WARS

MAESTRA Y APRENDIZ

MEGATERIO

Jaina Solo es una joven aprendiz y su maestra es Mara Jade; ex Mano del Emperador y ahora esposa de Luke Skywalker.

Un conflicto sucede en el lejano Sistema Gandria y ambas mujeres irán a investigar pero lo que ignora Mara Jade, es que alguien de su pasado tiene que ver con el problema de aquel planeta.



Maestra y aprendiz

Megaterio



Autor: Megaterio

Imágenes de portada: https://www.pinterest.com/pin/158470480623525332/

static1.comicvine.com/uploads/original/11117/111173561/5129353-8562206615-tumbl.jpg

Publicado originalmente en fanfiction.net

Publicación del original: 2014

 25 años después de la batalla de Yavin



Esta historia es fan fiction, no forma parte oficial de la continuidad

Revisión: …

Maquetación: Bodo-Baas

Versión 1.0

20.04.21

Base LSW v2.22

Declaración

Este es un trabajo amateur, no nos dedicamos a esto de manera profesional, o no lo hacemos como parte de nuestro trabajo, ni tampoco esperamos recibir compensación alguna excepto, tal vez, algún agradecimiento si piensas que lo merecemos. Esperamos ofrecer libros y relatos con la mejor calidad posible, si encuentras cualquier error, agradeceremos que nos lo informes para así poder corregirlo.

Este libro digital se encuentra disponible de forma gratuita en Libros Star Wars.

Visítanos en nuestro foro para encontrar la última versión, otros libros y relatos, o para enviar comentarios, críticas o agradecimientos: librosstarwars.com.ar.

¡Que la Fuerza te acompañe!

El grupo de libros Star Wars

CAPÍTULO I
EL PROBLEMA

Una nave punteaguda, plateada, y con dos alerones a los lados, que protegían sus motores de iones, aterrizaba de forma suave en el hangar del planeta Coruscant.

La lanzadera se deslizó suavemente hasta detenerse, el hangar estaba ocupado por algunas naves y pilotos que avanzaban de forma apurada por el camino, nadie prestó atención a la lanzadera recién aterrizada.

Una rampa se bajó y descendieron dos mujeres: una mujer mayor, de cabello rojo como el fuego, oculto por una capucha de color crema, y una adolescente de cabellos y ojos cafés; la mirada de la joven empezó a buscar a alguien entre la multitud hasta encontrarlo: un muchacho de la misma edad de ella, cabello y ojos cafés; ese chico era su hermano.

—¡Tía Mara! ¡Jaina! —gritó Jacen Solo, mellizo de Jaina e hijo de Han Solo y de Leia Organa; el joven avanzaba a grandes zancadas con una sonrisa, Jaina avanzó de un salto y le dio un gran abrazo.

—¡Jacen! —exclamó Jaina y su mirada empezó a buscar al otro hermano—. ¿Y Anakin?

—Esta con Chewie y papá en el Halcón —le informó Jacen, mientras iban caminando por el hangar. Mara escuchaba la plática sin intervenir, pero Jaina agrandó los ojos.

—¿En serio? ¡No quiero que empiecen sin mí! —dijo Jaina y avanzó rápidamente tomando del brazo a su hermano.

Mara se detuvo mientras los observaba irse al otro lado del hangar. Soltó un suspiro de cansancio, y decidió reanudar su caminata, cuando escuchó sonar su comunicador, y de inmediato se lo puso al oído.

—¿Mara? ¿Ya has llegado?

—Sí, muchacho granjero —le contestó Mara de manera cariñosa a su esposo, el maestro Jedi Luke Skywalker—. No te impacientes, cariño; estoy en camino a casa.

—Mara, estoy en las oficinas del Jefe de Estado. Creo que deberías venir, nos pidió que concurriéramos a una reunión de emergencia.

—Está bien, Luke; voy en camino —dijo Mara cortando el enlace, y enrumbando hacia las oficinas del Jefe de Estado, Borks Fey'lya.

Oficinas del Jefe de Estado

Mara caminaba por los largos pasillos recubiertos de cerámica del antiguo Palacio Imperial; el hecho de recorrer aquel camino, le trajo algunos recuerdos de sus días como la Mano del Emperador. Una Mano del Emperador era un ser sensible a la Fuerza, entrenado para ejecutar ciertas misiones delicadas, siempre bajo las órdenes directas del Emperador Palpatine.

Cuando el Imperio cayó con la muerte de Darth Sidious, Mara se había sentido a la deriva, sin saber qué hacer, salvo la última orden que le había dado el Emperador:

«Debes matar a Luke Skywalker».

Todo ese tiempo, Mara había estado odiando a Luke: culpaba al chico granjero de su desgracia, y cuando lo vio en Myrkr —siendo ya ella una contrabandista—, lo persiguió por todo el bosque de aquel planeta, pero luego se vieron obligados a trabajar en equipo, para evitar caer prisioneros del equipo de búsqueda del Almirante Thrawn.

No pasó mucho tiempo para que pudieran superar ese problema, y tuvo que reconocer que había terminado enamorándose del Jedi; incluso recibió una espada de luz como regalo: la misma que había pertenecido a Anakin Skywalker antes de convertirse en Darth Vader.

Abandonó la vida de contrabandista, pero no su amistad con Talon Karrde, y empezó a adiestrarse en las artes Jedi, bajo la instrucción del mismo Luke.

—¿Mara?

Mara Jade parpadeó y se dio cuenta que estaba de pie ante una puerta finamente ornamentada, se giró y vio a un hombre de cabellera castaña clara, bien recortada, y trajeado de negro. Mara sonrió.

—¿Te encuentras bien? —le preguntó Luke tomando las manos de Mara; ella asintió.

—Sólo estaba… pensando, pero eso ya no tiene importancia —le contestó Mara.

Luke solamente dibujó una sonrisa en sus labios.

—Ya me imagino. El Jefe de Estado nos está esperando; Han y Leia también están allí.

Mara asintió nuevamente, y la pareja Skywalker ingresó a las oficinas del Jefe de Estado.

Se trataba de una sala bastante amplia: detrás de un escritorio, estaba una ventana ovalada, muy grande, a través de la cual se podían ver los aerodeslizadores cruzando velozmente por los cielos de Coruscant. A ambos lados del escritorio, se hallaban unos oficiales vestidos con un uniforme de color azul oscuro; diversos adornos, hermosos y exóticos, podían ser apreciados en las diferentes esquinas. El Jefe de Estado se hallaba sentado pero al notar la entrada del Caballero Jedi y de Mara, se puso de pie al igual que sus dos invitados, los cuales se hallaban sentados delante de él.

El Jefe de Estado, un bothano de tupido pelaje se acercó a Luke.

—Me complace la presencia de dos Caballeros Jedi —le expresó Borks Fel'lya.

Luke ya sabía que sus palabras no eran muy sinceras, pero no dijo nada al respecto.

—Venimos dispuestos a ayudar —le aseguró Luke y se acercó a saludar a su amigo y cuñado, el ex contrabandista Han Solo, a quien ya se le notaban las sienes encanecidas, y a su hermana melliza, Leia. Ésta, después de saludar a Luke, pasó a darle un gran abrazo a Mara.

—¿Dónde está Jaina? —preguntó la mujer que alguna vez fuera Jefe de Estado.

—Con sus hermanos, en el hangar.

—¿En el Halcón? —preguntó Han y Mara asintió; Han sonrió de orgullo por su hija y los cuatro se sentaron al igual que el Jefe de Estado; éste colocó sus brazos sobre la mesa, mientras adoptaba un aire de gravedad.

—Tenemos un problema con el Sistema Gandria —les expuso Borks Fel'lya—. Hay un grupo de secesionistas y no solamente se trata de eso; muchos jóvenes gandrianos desaparecen y aún no se tiene ninguna explicación. La Guardia General del planeta se encuentra estupefacta, y hasta ahora, no han podido dar con los culpables.

—¿Quiere que yo vaya a dialogar con ellos? —preguntó Luke y el Jefe asintió.

—Con sus conocimientos Jedi, Maestro Skywalker, creo que bien podría solucionar el conflicto que ellos tienen, y ubicar a los desaparecidos.

Luke y Mara se cruzaron de brazos; Han se apoyó en el respaldo de su asiento, y se quedó mirando a su mujer.

—Y nosotros ¿Qué haremos, señor Jefe de Estado? —inquirió Leia.

—Apoyarían al Maestro Skywalker… mientras él busca a los desaparecidos —les dijo Borks Fel'lya.

Leia frunció los labios e iba a contestar pero Han se le adelantó.

—Nos encantaría brindar nuestra ayuda, pero me temo que no vamos a poder hacerlo —le dijo Han—. La Reina Madre del Consorcio de Hapes, Teneniel Djo, nos acaba de invitar a pasar una temporada en su ciudad capital.

—Ella tiene una hija que es muy amiga de nuestros hijos —precisó Leia.

Los bigotes de Borks Fel'lya empezaron a agitarse, no contaba con semejante imprevisto.

—Podrían…

—¿Cancelarlo? Aceptamos la invitación y nos esperan en Hapes —le dijo Han, acercándosele un poco más—. Nuestros hijos son los más entusiasmados, no podemos decepcionarlos de esa manera. Además, creo que ustedes tienen algunos embajadores que bien podrían hacer un buen trabajo; Leia no es la única que puede solucionarlo todo.

—Está bien —se dio por vencido Borks Fel'lya, juntando los dedos de sus manos, mientras aparentaba meditar alguna salida.

—Iré yo —dijo Mara dando un paso adelante—. Aprovecharé estas circunstancias para adiestrar a mi aprendiz.

—¿Te llevarás a Jaina? —preguntó Leia, enarcando una ceja.

—¿Por qué no? Aprenderá mucho —replicó dijo Mara—. Y no creo que se trate de algo muy peligroso.

—No te preocupes Leia, es Mara; si alguien intenta hacer daño a Jaina, tendrá que pasar por Mara primero —la tranquilizó Han.

—Está bien —aceptó dijo Leia, algo más calmada—, pero se perderá las vacaciones familiares.

—Ya habrá alguna otra ocasión —les aseguró Luke y su mirada se enfocó sobre Borks Fel'lya.

—¿Está decidido? —preguntó el bothano.

—Sí —dijo Luke—. Irá Mara junto con Jaina.

—¿Y qué va a hacer usted, Maestro Skywalker? —preguntó nuevamente el bothano.

—Ocuparme de la Academia, por supuesto. Confío en el buen juicio de Mara para solucionar este problema, y para ubicar a los desaparecidos.

El Jefe de Estado se puso de pie al igual que los demás presentes.

—Como suelen decir ustedes los Jedi: Que la Fuerza los acompañe.

*****

Jaina bajó del Halcón, con rastros de aceite en su uniforme, cansada pero contenta de haber ayudado a sus hermanos y a Chewie, en el mantenimiento de la mítica nave.

El wookie se había quedado al interior de la nave, mientras Anakin y Jacen se encontraban tomándose un descanso, sentados sobre unas cajas, bebiendo algunas bebidas refrescantes.

Mara Jade se apareció frente a ellos.

—¡Tía Mara! —exclamaron al unísono los chicos, mientras Jaina se daba vuelta para acercarse a su tía.

—Hola, chicos —les devolvió el saludo Mara, con una bolsa de viaje a la espalda—. Veo que tienen todo listo para su viaje al Consorcio de Hapes.

—Todo está en orden; solamente estamos esperando a papá y a mamá —le informó Anakin, mientras Jacen asentía de manera entusiasta.

—Que disfruten del viaje —les deseó Mara—, pero me temo que tendré que llevarme a Jaina.

Jaina abrió grandemente los ojos, producto de la sorpresa, y alguna sensación de pesar pareció posarse sobre su corazón: le hacía una gran ilusión el hecho de visitar a su gran amiga Tenel Ka, y divertirse con sus hermanos, los cuales se encontraban tan sorprendidos al igual que ella.

—Es parte de tu entrenamiento, Jaina —resumió Mara, colocando una de sus manos sobre el hombro de la adolescente—. Quiero aprovechar este momento para poder instruirte mejor. Ya te contaré más detalles en el *Sable*.

Jaina asintió.

Lo que quería más en la vida, era convertirse en una Caballero Jedi; si Mara le pedía que la acompañase, aceptaría sin chistar. Se trataba de Mara Jade, la mujer que más admiraba en todo el universo, aparte de su padre Han.

—Alistaré mis cosas y me limpiaré un poco, tía Mara —dijo Jaina corriendo hacia el Halcón.

—¡Te espero en el *Sable*! —alzó la voz Mara Jade, y su mirada se volvió a los hermanos Solo.

—Que la Fuerza te acompañe, tía Mara —le deseó Jacen.

—Igualmente para ustedes dos —le respondió Mara, y se despidió de ambos, poniendo rumbo al *Sable de Jade,* con la esperanza de que la misión no se complicase demasiado.

CAPÍTULO II
EL SISTEMA GANDRIA

El sistema Gandria se encontraba conformado por tres planetas: Gandria, planeta sede del gobierno, Carda, un planeta totalmente selvático pero bastante poblado, y finalmente Slaurus, un planeta con una economía casi tan fuerte como la del propio Gandria.

En los últimos años, aquel planeta había estado reclamando su independencia, ante lo cual el gobierno gandriano se había negado en diversas ocasiones, habiéndose creado así, las condiciones favorables para el desarrollo de un partido local secesionista.

Gandria poseía un sistema político de tipo republicano: se habían mantenido neutrales durante la confrontación entre el Imperio y la Alianza Rebelde, y en la actualidad formaba parte de la Nueva República, aunque manteniendo un gobierno independiente.

El *Sable de Jade*, un regalo de bodas de Luke Skywalker a su esposa, aterrizó en el hangar principal del planeta, en la ciudad capital de Trosia. La lanzadera plateada se deslizó suavemente por el cobertizo hasta detenerse por completo; en aquel hangar, podían observarse numerosas naves y lanzaderas, ordenadas en filas y al cielo abierto, donde el sol brillaba en lo alto.

Mara Jade y su sobrina Jaina Solo, descendieron de la nave avanzando algunos pasos; frente a ellas, una comitiva de guardias locales, vestidos con trajes militares verde pasto y cascos grises, que cubrían completamente sus cabezas, iba acercándose lentamente. Los gandrianos son parecidos a los humanos pero con algunas pequeñas diferencias: sus orejas son rectas —aunque en los hombres este carácter resultaba más evidente que en las mujeres—, y con un dedo de más en sus dos manos, además de contar con una piel ligeramente amarillenta.

Ambas mujeres se detuvieron al observar al guardia que lideraba al grupo: Mara se bajó la capucha de color crema mientras Jaina observaba las naves aparcadas con gran interés; algunas pertenecían a exóticos modelos que jamás había visto, y se moría de ganas por probarlos.

—¿Se identificaron con el controlador aéreo? —preguntó el guardia gandriano, con un tono de voz grave y algo agresivo.

—Sí —afirmó Mara Jade—. Su presidente solicitó la presencia de los embajadores de la Nueva República. Aunque no somos embajadores, *sensu stricto*, soy una maestra Jedi, y ella es mi aprendiz.

El gandriano entornó sus ojos marrones, fijándolos en la más joven de las dos, y luego en Mara; en su mirada, no había el menor rastro de hospitalidad.

—¿Nombres?

—Soy Mara Jade-Skywalker, y ella es Jaina Solo.

—Me tendré que quedar con sus armas —exigió el gandriano, señalando el bláster de Mara—. Es por razones de seguridad.

Mara chasqueó la lengua, y de mala gana entregó su bláster, pero su sable de luz, lo mantuvo lo más oculto posible.

El guardia recibió el arma y ordenó que lo siguieran.

—El presidente Lestru Leste les está esperando en su recámara privada de este hangar.

Mara asintió sin decir ni una palabra, y los guardias empezaron a andar detrás de ellas, colocándose al final de la comitiva.

*****

Una enorme puerta de duracero se abrió de par en par, y ambas ingresaron a los espaciosos pasillos, metálicos y grises. Al costado del grupo, pasaban pilotos enfundados en sus relucientes uniformes, demostrando bastante prisa. Sin prestarles la menor atención, el guardia gandriano se plantó frente a una puerta metálica, colocó su dedo índice en el detector, y un sonido pitó, permitiendo que la puerta se abriera.

El presidente Lestru Leste, un gandriano elegantemente vestido, con cabello negro corto, y piel de un claro tono amarillento, se puso de pie para recibir a las recién llegadas.

Ellas se inclinaron al igual que el presidente.

—Son Caballeros Jedi, señor —le informó el guardia gandriano.

—En realidad, yo soy la Maestra Jedi Mara Jade-Skywalker, y ella es mi aprendiz, Jaina Solo.

—Un gusto, señor presidente —saludó Jaina.

—Oh… esperaba un embajador junto con un Jedi —exclamó Leste levemente sorprendido.

—No se preocupe, señor; yo puedo desempeñar ambas funciones —le aseguró Mara.

—Siéntense, por favor —las invitó Leste dándose la vuelta para sentarse en su mullido sillón, y colocando sus manos sobre su enorme escritorio. A espaldas del mismo, podía apreciarse las diferentes naves aprestándose a partir, desplazándose para dejar libres los espacios que habían estado ocupando previamente, los cuales prontamente llegarían a ser ocupados por otras naves.

—¿Cuál es el problema? —preguntó Mara, y Leste dejó escapar un suspiro de cansancio.

—El Movimiento Slaurano —le empezó a informar Leste, masajeándose una de las sienes—. Son un grupo de slauranos, obviamente originarios del planeta Slaurus, perteneciente a la jurisdicción del Gobierno Gandriano. Como les está yendo bien económicamente, ansían independizarse, pero están llevando a cabo algunas acciones de manera bastante agresiva —le dijo Leste.

—¿Sus diplomáticos?

—Sus intentos han fracasado, hasta el punto que algunos de ellos han perdido la vida; una facción de mis allegados, sugiere un ataque militar o algún tipo de represión.

—Eso no es una solución —afirmó Mara, y Jaina asintió levemente.

—Lo sé muy bien, pero seguimos sufriendo leves atentados por parte de ellos, y para aumentar aún más nuestra desgracia, nuestros jóvenes están desapareciendo —dijo Leste, recostándose sobre su sillón, viéndose muy abrumado.

—¿Cómo es eso? —preguntó Mara.

—Simplemente desaparecen; hemos realizado nuestras pesquisas por todo el Sistema Gandria, y no lo hemos encontrado; sospechamos del Movimiento, pero ellos lo han negado. Sin embargo, no les creemos: ellos llevan a cabo sus reuniones secretas, y se los llevan. Lamentablemente no podemos demostrarlo.

—Entiendo —asintió Mara, y Lestru se inclinó hacia la Maestra Jedi.

—Ustedes dos son Jedi; pueden ayudarnos a ubicarlos, son jóvenes y tienen familia que se preocupan por ellos. Por favor.

—Para eso hemos venido, a descubrir estas misteriosas desapariciones —lo tranquilizó Mara Jade y Lestru sonrió levemente, mostrando unos dientes blancos afilados, poniéndose de pie. Las Jedi lo imitaron.

—Permítanme acompañarlas al hangar, en donde un vehículo las llevará a un apartamento en donde estarán alojadas mientras dure su estancia en este planeta, hasta que puedan acabar con sus investigaciones —Lestru hizo un gesto hacia la puerta, acompañándolas mientras se dirigían hacia la puerta, saliendo a los pasadizos, escoltados por los guardias gandrianos.

—Le agradecemos por adelantado, señor presidente —dijo Mara.

—Y por cierto, el día de mañana es el onomástico de mi esposa, Leandra; por supuesto, ambas están invitadas.

—Agradecemos la invitación —aceptó Mara de buenas maneras, a pesar que no tenía pensado concurrir a aquella reunión.

Lestru siguió platicando, pero se trataba de generalidades acerca de la historia de Gandria; Mara escuchaba por educación, mientras que Jaina no dejaba de pensar en su familia, sumida en sus meditaciones, y con las manos en los bolsillos de su pantalón naranja de piloto.

Y cuando las puertas metálicas del hangar se abrieron hacia ambos lados, vieron que las naves gandrianas se habían hecho a un lado, debido a la llegada de un escuadrón completo de navíos no originarios del planeta; Jaina se había quedado bocabierta al apreciar el descenso de aquellas naves.

—El *Escuadrón Vanguard* ha llegado, señor —dijo uno de los pilotos gandrianos al presidente, quien a diferencia de las mujeres, no se mostraba sorprendido, pero sí algo nervioso.

Las naves visitantes eran *desgarradores* chiss, similares a los cazas TIE del Imperio, pero con algunas evidentes diferencias, como la ausencia de ambos paneles en los costados; por otro lado, el motor de iones se encontraba en la parte trasera, y además, con la presencia de alas curvas en forma de garra en los alrededores de la cabina; en la punta de cada una de las garras, se hallaba el emplazamiento de sendos cañones láseres.

—Desgarradores clase Chiss —susurró Mara a su sobrina Jaina, quien al darse cuenta de que tenía la boca abierta como un calamari, la cerró al momento.

—¿Ascendencia Chiss? —preguntó la joven y Mara afirmó con la cabeza.

Los desgarradores chiss se estacionaron en forma lineal, de forma impecable, y descendió una treintena de pilotos, integrantes del Escuadrón Vanguard.

—¿Qué hacen ellos aquí? —preguntó Mara al presidente.

—Como nuestro sistema está a mitad de camino de la Ascendencia Chiss, ellos vienen aquí a descansar y a llenar el tanque de combustible, antes de continuar con sus ejercicios de vuelos de rescate y defensa.

Los pilotos chiss, vestidos con un ceñido traje de piloto negro con hombreras de color azul oscuro, se retiraron sus cascos colocándolos en el costado derecho. Jaina se quedó observando a los chiss de pieles azules y ojos rojos, pero había uno de ellos que no pertenecía a su especia: se trataba de un humano de piel clara, cabello negro y ojos verdes, pero su rasgo más característico, era una cicatriz vertical localizada por encima de su ceja derecha.

Una mujer chiss empezó a acercarse en dirección al presidente Leste, quien no dejaba de secarse el sudor; a Jaina no le intimidaban los chiss.

—Comandante Shawnkyr Nuruodo —la saludó Leste con una leve inclinación.

La mujer chiss, de mediana estatura, de piel de color azul intenso y cabello negro amarrado en una cola ceñida, fijó sus ojos totalmente rojos sobre el presidente.

—Presidente Lestru: como siempre, agradezco su hospitalidad al recibirnos, mientras recargamos de energía y combustibles a mis naves —correspondió el saludo Shawnkyr, y su vista se dirigió a la mujer de cabellos rojos.

—Ella es la Maestra Jedi Mara Jade, y su aprendiz —las presentó Lestru.

Mara saludó con un asentimiento, pero Jaina se había quedado observando a los pilotos que comenzaban a retirarse en filas ordenadas; a continuación, se vio forzada a admitir que aquellas naves se veían realmente asombrosas.

—Siempre es un placer conocer a un Jedi —declaró la comandante chiss. Luego, volviendo a dirigirse al presidente, le explicó:

—Nos quedaremos un par de días, y nuevamente saldremos al espacio a continuar con nuestras prácticas.

—Como usted desee, señora —aceptó Lestru, y Shawnkyr Nuruodo procedió a retirarse con aires marciales.

*****

La noche había llegado muy rápido en Gandria. Las dos mujeres se hallaban en el apartamento que les había facilitado el presidente: un cuarto acogedor, con dos camas separadas, una silla hecha de un tipo de madera que desconocían, una pequeña mesita.

Mara se encontraba muy cansada como para ponerse a investigar, por lo que había decidido empezar con las indagaciones al día siguiente, y se colocó su ropa para dormir.

—¿Iremos mañana a la fiesta de la esposa de Lestru? —preguntó Jaina, sentada muy cerca de la ventana, vestida con un pantalón y camisa verde claro.

Mara ya se encontraba echada en la cama; apoyó sus brazos por detrás de su cabeza y la miró con curiosidad.

—No lo sé, creo que no.

—Pero podemos empezar por ahí —dijo Jaina poniéndose de pie y dirigiéndose hacia a su cama.

—Tal vez —convino Mara—. Aunque no disponemos de la ropa adecuada.

—Eso no es problema para mí, me siento cómoda con mi traje de piloto —reconoció la joven aprendiz mientras se recostaba, y Mara sonrió.

—Vayamos entonces. Buenas noches, Jaina.

—Buenas noches, tía Mara.

*****

Jaina sintió que había dormido mucho tiempo, pero al abrir sus ojos, se dio cuenta de que el ambiente, aún estaba en penumbras. Consultó con su crono y vio que aún faltaban tres horas para el amanecer. Frunció el ceño y se echó boca abajo tratando de volver a quedarse dormida, pero sin lograrlo, por lo que decidió ponerse de pie, y se acercó a la ventana, para observar la calle urbanizada del planeta, y a lo lejos, las difuminadas siluetas de un bosque lejano.

Gandria poseía muchas ciudades que se habían acoplado muy bien con la vegetación circundante del planeta; la joven aprendiz Jedi alzó su vista hacia el cielo estrellado, pudiendo apreciar la luna en su cuarta fase, así como un punto rojo, que identificó como el planeta Slaurus. Aquel puntito le recordó vagamente Yavin IV, donde había pasado un buen tiempo en el Templo Massassi, estudiando las técnicas básicas Jedi, bajo la atenta mirada de su tío Luke. Recordó con nostalgia el tiempo que había vivido en aquella luna, antigua base rebelde, estudiando con su hermano mellizo Jacen, su mejor amiga Tenel Ka, y Lowbacca, sobrino del cariñoso Chewbacca.

Jaina soltó un largo suspiro y se giró hacia donde estaba descansando su tía Mara, quien aparentemente dormía sin ningún tipo de perturbación, y la vista de Jaina volvió a dirigirse a la calle.

Observó que una gandriana corría asustada, mientras era perseguida por un encapuchado; Jaina frunció el ceño. Por medio de la Fuerza, también percibió el inminente peligro, y sabedora de que la pobre nativa del planeta donde estaba, se hallaba asustada, y que a pesar de que corría con todas sus fuerzas, estaba a punto de ser alcanzada por aquel misterioso ser, decidió que debía actuar.

Se volvió hacia la cama de su tía, que al parecer no había percibido nada en la Fuerza; extendió una mano, y su sable de luz voló rápidamente hacia la palma de su mano y se lo colgó del cintillo de su pantalón. Se encaramó sobre la ventana, y saltó hacia la calle, haciendo uso de la Fuerza para disminuir la velocidad de su caída.

Cayó con las rodillas flexionadas y rodó al suelo, permaneciendo detrás de un buzón de datos, y se asomó al cabo de un momento; el misterioso ser había logrado atrapar a la pobre gandriana, y ambos estaban forcejeando.

Jaina se puso de pie y corrió al encuentro de ambos; el misterioso la vio llegar, y jaló a la pobre gandriana hacia un sombrío callejón.

Jaina empleó la Fuerza para aumentar su velocidad, y dobló la esquina que daba al inmundo callejón. No había nada, todo estaba oscuro; encendió su sable de luz, y el brillo de la hoja de color púrpura, iluminó hasta los más recónditos extremos del callejón: no había ninguna señal de ellos. Avanzando con cautela, no lograba percibir ninguna clase de ruido, a excepción del zumbido de su propia arma. Alzó la vista, buscando una escalera, y tampoco encontró nada.

Sintiéndose derrotada y a la vez frustrada, por no haber podido rescatar a tiempo a la muchacha gandriana, apagó su sable de luz y salió del callejón.

Sumida en sus profundos pensamientos, sin darse cuenta tropezó con alguien, dejando caer su sable de luz. Después de agacharse para recogerlo, alzó la vista, y vio que se trataba de un humano que llevaba una bolsa entre las manos.

—Lo siento ¿te encuentras bien? —preguntó el recién llegado. En aquel preocupado humano de cabellera negra, Jaina reconoció al piloto que había visto en el hangar, con la cicatriz de color rojo por encima de su ceja derecha.

—Estoy bien, me encontraba distraída —le aseguró Jaina.

—Estas no son buenas horas para salir a dar un paseo.

—Quien lo dice —ironizó Jaina, cruzándose de brazos mientras se fiaba en el bolso, y volviendo a mirar al chico.

—¿Eres del escuadrón chiss?

—Sí. Me llamo Jagged Fel —le dijo el muchacho, extendiendo su mano como gesto de saludo.

A juzgar por su apariencia, era solamente mayor que Jaina por un par de años. La joven Jedi extendió su mano por cortesía.

—Jaina Solo ¿y qué cosas puedes estar comprando a estas horas?

—Estoy consiguiendo servomotores para mi nave. Hay un par que están fallando desde hace algún tiempo, y sé que a estas horas hay una tienda que siempre está abierta, porque tiene precios cómodos.

—Interesante —reconoció Jaina.

—¿Te gustaría ver el desgarrador? Me pareció verte en el hangar, muy sorprendida por nuestras naves —le propuso Jagged.

—Sí, me encantaría —aceptó Jaina, animándose un poco. Pero luego recordó que debía volver a su apartamento.

—Oh… lo siento, puede que más tarde, debo regresar —se excusó Jaina dándose la vuelta.

—¿Te veo en el hangar? —le dijo a manera de despedida Jagged, y Jaina asintió, mientras avanzaba cada vez más rápido en dirección hacia su alojamiento.

Llegó al pie del edificio.

Jagged ya no se encontraba en su campo de visión, así que se trepó en un árbol, se deslizó por medio de una rama y saltó hacia la ventana, haciendo uso de la Fuerza.

Una vez en el interior de su habitación, caminó lentamente hacia su cama, y se echó a dormir.

CAPÍTULO III
BUSCANDO LA PRIMERA PISTA

Mara se despertó, y se sentó en el borde de la cama donde dormía profundamente Jaina; la Jedi colocó suavemente su mano sobre el brazo de la joven.

—Jaina, es hora de levantarse.

Jaina abrió los ojos con pesadez, dándose cuenta de que había dormido muy poco. Se restregó los ojos, mientras Mara permanecía sentaba a su lado, en la cama.

—¿No dormiste bien anoche, Jaina? —le preguntó Mara, y la joven Jedi decidió que debía ser sincera.

—Bueno… me desperté en la madrugada y decidí asomarme a la ventana —empezó a contarle la joven, mientras se sentaba en su cama—. Y luego vi a una gandriana siendo perseguida por un misterioso ser.

Mara frunció el ceño.

—Y ¿saliste a perseguirlos? —le preguntó la mujer mayor, y Jaina asintió, ante lo cual Mara frunció los labios.

—Lo que has hecho, Jaina; es algo peligroso. Debiste haberme despertado ¿Y si te hacía daño? —la recriminó Mara, y Jaina puso los ojos en blanco.

—Tía Mara, sé defenderme; además, ¿no escapé con mi hermano y Lowie de la Academia de las Sombras?

—Tuviste suerte de que tu tío Luke y Tenel Ka estuvieran cerca —le hizo recordar Mara, y Jaina supo que tenía razón.

Aquel episodio de su vida como estudiante en Yavin IV había sido uno de los más sombríos de su vida. Un hombre llamado Brakiss, ex alumno de Luke, ahora transformado en un Jedi Oscuro, había secuestrado a los dos mellizos, con la intención de adiestrarlos en las artes oscuras; después de que escaparan, había llevado a cabo un ataque en contra del templo de Yavin IV. Jaina había tenido que enfrentarse con su mejor amigo, Zekk, el cual había sido seducido por el Lado Oscuro, pero logró redimirlo. En el momento actual, Jaina ignoraba su paradero.

La joven Jedi agachó la cabeza a modo de disculpas, y la expresión en el rostro de Mara se suavizó. Extendiendo una mano, le hizo una caricia en la cabeza.

—Has hecho lo que creías correcto, Jaina, no te tomes a mal la pequeña reprimenda, pero ya sabes que la próxima vez, debo acompañarte ¿entendido?

—Sí, tía Mara —dijo Jaina levantando la mirada.

—Bien. Vayamos a investigar un poco sobre ese misterioso ser del que me has contado.

*****

Mara y Jaina se encontraban en las calles de Trosia, ciudad capital de Gandria. Mara vestía su habitual traje negro de vuelo, con una capa de color crema que cubría la mitad

de su cuerpo, y su clásica capucha del mismo tono, mientras que su sobrina iba vestida con su mono naranja de piloto con botas negras.

El sol nuevamente estaba en lo alto mientras ellas avanzaban por las transitadas calles de Trosia.

—Si quieres empezar por algún lado, los mercadillos son la mejor opción —le aconsejó Mara.

—¿Por qué?

—Porque en ellos se escuchan cosas.

Doblaron una esquina donde vieron varios puestos de mercadería: desde comestibles a telas y prendas de vestir; numerosos gandrianos iban y venían por los angostos pasillos de cemento de la concurrida calle.

—¿Por dónde empezamos, tía Mara? —preguntó la joven Jedi.

Mara señaló con la mirada un puesto de frutos exóticos; Jaina siguió a su tía.

Mara se detuvo y observó por un momento al gandriano que dormitaba con los brazos cruzados; la mujer carraspeó, y el gandriano levantó la mirada mientras se frotaba los ojos. Al verlas, se puso de pie rápidamente.

—¿Qué le puedo ofrecer señora? Tenemos frutos de temporada.

Mara lo sondeó con la Fuerza, sintió algo, pero no le quedaba muy claro.

—¿Cuál es el precio de aquellas? —preguntó la maestra Jedi, señalando dos esferas rojas de tamaño mediano, y aspecto apetitoso.

—Quince créditos gandrianos.

—Dime —susurró Mara, inclinándose un poco—. ¿Sabes algo de los desaparecidos?

—¿A qué viene eso? —preguntó el gandriano, asustándose un poco.

—Vi cómo secuestraban a una gandriana —acotó Jaina—. Los perseguí, hasta que los perdí de vista.

—¿Por qué piensan que sé algo?

Mara sonrió.

—Tengo mis métodos —y levantando su mano derecha, hizo un gesto en dirección hacia la izquierda.

—¿Qué es lo que sabes?

—Casi nada, dicen que es un uhanto.

—¿Qué krif…? —exclamó Jaina, y al ver a su tía, decidió controlarse—. ¿Qué es eso?

—Deberías preguntarle eso a Kiwe *el Guapo* —dijo el vendedor con el ceño fruncido, a la joven aprendiz.

—¿Quién es él? —preguntó Mara.

—Un gañán de los bajos fondos. Frecuenta una tapcaf de mala muerte, en una zona de inmunda, un lugar no recomendado para una mujer decente como usted. Y por favor, no me pida hablar de eso.

Mara asintió y se despidió comprando previamente los frutos que le había ofrecido el vendedor; en el camino Jaina probó uno de ellos, y lo encontró agradable.

—¿Iremos a esa zona, tía Mara? —preguntó Jaina mientras daba otro mordisco a su fruto.

—Yo iré; tú te quedarás en el hangar —y se giró hacia su sobrina, quien había empezado a fruncir el ceño.

—No soy una niña, tía. En peores lugares he estado.

—Lo sé, no lo niego.

—No le diré nada de todo esto a mamá.

—Jaina, sé que eres una joven valiente —reconoció Mara, deteniéndose por un instante, y mirando fijamente a su sobrina—. Eres hija y sobrina de los héroes de la Rebelión…

—Y nieta de Anakin Skywalker.

—Eso también… a lo que voy: quiero que revises si hay mensajes en el *Sable*, y eches un vistazo al hangar, observa a los gandrianos. Te necesito ahí ¿entiendes?

Jaina suspiró y asintió; Mara le acarició la cabeza y la dejó irse.

*****

Jaina caminaba en el hangar con las manos en los bolsillos, silbando hasta que llegó al *Sable de Jade*.

Cuando estaba a punto de entrar en la lanzadera, vio a Jagged caminar cargado con una caja de herramientas. La joven decidió que primero debía ocuparse de sus asuntos, así que terminó de subir, y cerró la escotilla.

Se acercó al panel de controles, donde observó una luz roja parpadeante; aquello quería decir que tenía algunos mensajes guardados.

Jaina presionó el botón, y observó la aparición de tres figuras medianas, de un color azul claro parpadeante, las cuales pertenecían a sus hermanos y a su gran amiga Tenel Ka. Ellos habían llegado a Hapes.

Tenel Ka le mandaba saludos, y mostraba sus deseos de encontrarse en otra ocasión. La joven Jedi sonrió, y empezó a grabar un mensaje holográfico para su familia.

Bajó por la rampa una vez que terminó de enviar su mensaje, y vio que Jagged era el único piloto que daba mantenimiento de manera personal a su nave; los pilotos chiss observaban como los mecánicos gandrianos revisaban sus naves.

—Hola, Jagged —lo saludó Jaina, con las manos enfundadas en los bolsillos.

Jagged, que se encontraba echado sobre el suelo, y medio oculto debajo de su nave, se deslizó suavemente y terminó de enderezarse.

—Hola, Jaina ¿Qué te trae por aquí? —le preguntó Jagged, mientras hacía un intento por limpiarse las manos llenas de grasa.

Jaina levantó los hombros.

—Apreciando los desgarradores chiss —le contestó Jaina mientras su vista se paseaba, observando a los pilotos chiss.

—Eres el único que arregla su nave —sentenció la joven y Jagged asintió.

—Ellos prefieren que sean otros los que arreglen sus naves. Así son ellos.

—Yo pensaba que los chiss sólo aceptaban a los chiss —inquirió Jaina.

—Es porque nací en Czilla, Jaina. Crecí y me formé en la cultura chiss, me eduqué en una academia militar chiss —le aclaró Jagged, poniéndose de pie.

Después de un breve intervalo, el muchacho continuó:

—¿Te puedo hacer una pregunta personal? —curioseó el joven piloto, y la resuelta aprendiz asintió.

—Dime.

—¿Tienes alguna relación con el capitán de la Alianza Rebelde, Han Solo?

—Si, él es mi padre, y la Princesa Leia es mi madre —le confirmó Jaina.

—Oh, vaya —se sorprendió Jagged—. De algo me sonaba tu apellido.

—Y por cierto, ¿tú cómo te apellidas?

—Fel, soy Jagged Fel.

—¿Fel? —repitió Jaina, y si bien es cierto que de alguna parte le sonaba aquel apellido, en ese preciso momento no conseguía ubicarlo.

—Sí, mi padre fue un piloto de la Armada Imperial; cuando cayó el Imperio, se fue a vivir a territorios de la Ascendencia Chiss.

—Vaya —dijo Jaina, y su vista volvió al desgarrador de Jagged—. Me encantaría ver el funcionamiento de esa nave.

—¿Deseas echarme una mano? —preguntó Jagged y Jaina asintió—. Por cierto, me puedes llamar Jag.

—Está bien, Jag.

*****

Era una calle sucia, poblada de gente de mal vivir sentada en los suelos, con la espalda pegada a la pared. Mara caminaba de forma cautelosa, y con los sentidos en situación de alerta; había hecho bien en mandar a Jaina a la nave, porque la situación podía tornarse algo peligrosa.

Vio una vetusta tapcaf cuyas puertas estaban entreabiertas; observó a dos borrachos salir a trompicones, y le sorprendió darse cuenta de que no eran gandrianos, se trataba de dos rodianos. Mara ocultó su rostro más aún con la capucha, e ingresó al interior del local; el olor a alcohol de mala calidad le inundó las fosas nasales. Arrugando la nariz, observó a los ruidosos parroquianos: gandrianos y otras especies de la vasta galaxia. Por sus ropajes, llegó a la conclusión de que se trataba de contrabandistas o de piratas espaciales; incluso, no le hubiera extrañado ver a un cazarrecompensas por ahí.

Habiendo llegado hasta la barra, Mara se bajó la capucha y se sentó en un espacio vació frente a la misma, en donde un gandriano anciano limpiaba algunos vasos.

—¿Qué desea, mujer? —le preguntó el cantinero.

—Busco a Kiwe *el Guapo* —le dijo sin ambages Mara, pero el cantinero entrecerró los ojos.

—No es un tipo amistoso, no te…

—Ahórratelo, sólo dime en donde está. No te preocupes por mi integridad, yo sé defenderme sola —le aseguró Mara, mostrándole por un momento su bláster colgado del cinturón.

El cantinero se limitó a señalarle una mesa apartada, en donde se encontraba un grupo de mercenarios de diferentes especies: un besalisko sentado en la parte central, un zabrak portador de una larga cabellera de intenso color negro, un rodiano y dos twi'leks de piel verde, los cuales bebían y jugaban al sabacc; el rodiano era el único que fumaba, permaneciendo envuelto por una nube de humo gris y apestoso.

Mara se acercó a la ruidosa mesa; el twi'lek se percató de su presencia y avisó al besalisko.

La maestra Jedi se colocó al frente del grupo, con ambas manos apoyadas sobre sus caderas, con los ojos verdes relampagueando.

—Busco a Kiwe *el Guapo* —dijo Mara y todos los presentes se echaron a reír, pero fueron las sonoras carcajadas del besalisko, las que hicieron retumbar la mesa.

—¿Quién krifados eres tú? —le preguntó el zabrak, mientras sus ojos amarillentos se enfocaban en Mara, y a la vez, mostrando sus colmillos afilados.

—Soy Arica —dijo Mara por toda respuesta.

—Tienes pinta de hapana ¿eres hapana? —inquirió el otro twi'lek, y Mara se sintió halagada; sin embargo, decidió que no debía desaprovechar la ocasión.

—Sí, pero no soy parte de la realeza si es lo que están pensando. Soy Arica Tjo, guardia de seguridad del Consorcio de Hapes.

—Está bien, que se siente esta mujer —accedió el besalisko, y el rodiano le alcanzó una silla, en la cual, Mara procedió a sentarse.

—Yo soy Kiwe *el Guapo*.

Mara asintió; resultaba evidente que el apodo era una ironía, aquel besalisko estaba muy lejos de los cánones estándares de belleza.

Kiwe, de cuatro brazos y de una conformación corporal bastante obesa, se apoyó sobre la mesa.

—¿Qué es lo que te trae por aquí, hapana? —quiso saber Kiwe.

—Para empezar, un miembro joven de la familia real fue secuestrado; según las descripciones de las que disponemos, se trata de un tipo con túnica negra, y bastante escurridizo. Rastreé sus movimientos hasta aquí. Un local me dijo que era un uhanto.

—Eso no es más que un cuento para asustar a los niños —intervino el zabrak.

—Cuéntamelo.

—A ver —empezó a explayarse Kiwe, mientras dos de sus brazos se apoyaban en la mesa, y los otros dos se mesaban la gran papada—. Según las leyendas, se trata de una sombra encapuchada, no tiene cara, sólo posee dos puntos luminosos como ojos en medio de ella. Según dicen, acude en las noches para llevarse consigo a los jóvenes que salen tarde de alguna fiesta.

—Lo más probable que no sea más un loco admirador, tratando de apoderarse de alguna jovencita que le estuvo dando calabazas, aunque eso no explicaría todas las desapariciones —especuló el zabrak.

—¿Tienes alguna otra idea? —preguntó Mara.

—Sucesos como aquellos, no me importan demasiado. Sólo me importa el dinero, así que si ese tipo empieza a llevarse mi dinero, voy y lo mato —declaró Kiwe, y sus acompañantes estallaron en pullas y carcajadas.

Mara se sintió decepcionada por la poca información que había logrado obtener, se puso de pie, y Kiwe dejó que su sonrisa se ensanchara.

—Yo no doy información gratis, muñeca —le informó Kiwe—. No perteneces a mi especie, pero puedes tener la plena seguridad de que yo no le hago ascos a nada.

Todos sus secuaces rompieron a reír nuevamente.

Mara levantó su mano derecha y la ladeó hacia un costado.

—Olvídalo; ya te puedes largar —susurró Mara.

—Olvídalo; ya te puedes largar —repitió estúpidamente Kiwe, observando el movimiento de los dedos de Mara.

Mara le dio la espalda, y empezó a caminar rápidamente hacia la salida, mientras algunos de los clientes se giraban para verla pasar.

La maestra Jedi sintió que todo no había sido más que una completa pérdida de tiempo; aún no tenía nada para poder empezar adecuadamente una investigación, y una vez fuera, empezó a dirigirse rápidamente hacia el hangar en donde reposaba el *Sable de Jade*.

CAPÍTULO IV
EL PASADO SIEMPRE VUELVE

Mara avanzaba por el hangar buscando con la vista a su sobrina Jaina, hasta que llegó a distinguir su familiar silueta. Ella se encontraba sentada sobre una banqueta, limpiándose las manos, mientras sostenía una conversación con un joven piloto que estaba guardando sus herramientas de reparaciones, en un pequeño baúl.

Mara decidió que no sería cortés avanzar un paso más, y se quedó de pie con los brazos cruzados observando la escena. Ambos jóvenes se pusieron de pie, y se estrecharon las manos a modo de despedida; el chico se dio la vuelta, y Jaina se giró, dándose cuenta de que allí estaba su tía, quien no había dejado de observarla; la aprendiz Jedi avanzó rápidamente a su encuentro, pero la maestra Jedi observó que las mejillas de su sobrina adquirían una sutil tonalidad de color rosado.

—¿Quién es tu nuevo amigo? —le preguntó Mara, cuando Jaina se hubo acercado lo suficiente a su maestra.

—Se llama Jagged Fel, y es un piloto del Escuadrón Vanguard, claro que eso último lo sabes bien. Los vimos llegar ayer —dijo Jaina y Mara asintió.

—¿Fel, verdad?

—Dice que su padre fue un piloto imperial.

—Eso lo sé —le dijo Mara, mientras apoyaba una mano en la espalda de su sobrina, al tiempo que avanzaban hacia el *Sable de Jade*—. Él estaba asignado como piloto de la Estrella de la Muerte, pero se encontraba en una misión cuando dicha estación espacial se enfrentó a los pilotos rebeldes sobre la luna de Yavin IV.

Toda la información de la que podía disponer Mara, no dejaba de sorprender a su sobrina.

—No tenía idea ¿Cómo lo sabes? —preguntó la joven, mientras la rampa de la nave se cerraba, y las dos ingresaban a la cabina de pilotaje.

Mara suspiró.

—Tú sabes que fui una Mano del Emperador —dijo Mara, y Jaina asintió.

Lo que su tía le reveló a continuación, hizo que se quedara con la boca abierta.

—Yo estaba presente cuando Tarkin lo mandó a una misión externa en Ryloth —le continuó explicando Mara.

—¿Estuviste en esa estación? ¿Viste a mamá? —preguntó Jaina pero Mara negó con la cabeza.

—No, estuve allí sólo por unas horas, no llegué a verla —le aseguró Mara.

—¿Podrías contármelo tía Mara? Por favor —le suplicó Jaina, y al observar la enorme curiosidad que había suscitado en su sobrina, Mara sopesó bien la pregunta antes de animarse a contestarle, y le confió:

—Me encontraba en esa estación, junto con Vader y Palpatine. El Emperador estaba preocupado por el asedio en el planeta Toprawa; ya que ahí se encontraban los planos de la Estrella de la Muerte. Vader quiso hacerse cargo personalmente, pero el Emperador me

asignó a mí, esa misión. Mi prioridad era ir rápidamente al planeta, y poner a buen recaudo los planos, así que decidí buscar un buen escuadrón de pilotos como respaldo. Sin embargo, Tarkin había mandado a su mejor escuadrón a una misión externa, donde estaba Fel. No lo conocía personalmente, pero sí su reputación como un excelente piloto. Fui a Toprawa, los rebeldes fueron diezmados, y logramos aprehender a su líder, una mujer llamada Tharen, quien sin embargo, se suicidó antes de revelarme la ubicación de los planos. Recuerdo que me puse furiosa; los planos habían sido transmitidos a una nave rebelde…

—¿La Tantive IV? —se aventuró a decir Jaina y Mara asintió.

—Sí, esa. Le informé de todo al Emperador, pero como estaba muy lejos para llevar a cabo una persecución eficaz con mi escuadrón, él ordenó a Vader que llevara a cabo la cacería. Yo me quedé en Toprawa por algunas horas más, y luego recibí un mensaje, no del Emperador, sino de Tarkin, informándome que habían logrado capturar a la lideresa de la rebelión.

—¿A mi mamá?

—Sí, y mientras tanto, Tarkin me mandó a Dantooine a buscar una base rebelde. Para ese entonces, Alderaan ya estaba destruido —terminó de contar Mara.

Después de una breve pausa, se animó a concluir:

—Y durante la destrucción de la Muerte, yo estaba regresándome a Coruscant.

Jaina asintió y las dos se quedaron calladas por unos minutos hasta que Jaina rompió el silencio.

—¿Y cómo te fue en la tapcaf, tía Mara? ¿Descubriste algo?

—No. Me explicaron que lo del uhanto, no es más que una leyenda.

—Pero alguien está secuestrando gente, tía Mara.

—Lo sé, lo más probable que sea uno de ellos, disfrazado.

—Tal vez se protegían entre ellos ¿captaste algo con la Fuerza?

—No mucho. Al estar rodeada de gente de mal vivir, hubiera resultado algo confuso si me decidía a sondearlos con la Fuerza —se resignó Mara, tocándose el mentón.

—Tía Mara —dijo Jaina, y la maestra miró a su sobrina—. Hoy es la fiesta del cumpleaños de la esposa del presidente Lestru…

Mara se reclinó en el respaldar de su asiento, y se quedó callada.

—Quiero decir, por algún lado debemos comenzar —completó la idea su sobrina.

Mara asintió.

—Será mejor que concurramos entonces.

*****

La noche caía en Gandria y las dos Jedi se encontraban en el salón principal del Palacio Presidencial, ovalado e inmenso, con enormes columnas sosteniendo el techo, adornado con enormes arañas colgantes. El lugar estaba repleto de gente, en su mayoría, gandrianos

bien vestidos, y en medio del salón, se hallaba dispuesta una mesa larga, en donde estaban servidos en bandejas, pequeños bocadillos.

Mara y Jaina eran las únicas que no iban vestidas de manera elegante: Mara lucía su clásica vestimenta ´de color negro, y Jaina, un sencillo traje de entrenamiento de color verde.

Las dos iban avanzando lentamente, sintiéndose presas de cierta incomodidad. Jaina no podía dejar de pensar que definitivamente, se encontraba fuera de lugar.

Llegaron hasta la mesa de bocadillos, donde la joven observó la comida, y sintió que nada le resultaba apetitoso, por lo que frunció los labios.

—Ahí está tu amigo —le hizo notar Mara, y Jaina se giró para poder ver llegar a Jag, enfundado en un impecable uniforme de piloto, siguiendo a Shawnkyr Nuruodo; la mujer chiss siguió avanzando, pero Jag se quedó en la puerta, como buscando a alguien.

Jaina se acercó a saludarlo.

Mara sonrió un poco, y a su vez, avanzó lentamente, observando a todos los presentes; cada vez iban llegando más invitados, y la Maestra los sondeó por medio de la Fuerza, buscando algo que pudiera resultar sospechoso, y de improviso, sintió algo, pequeño y medio oculto. Se humedeció los labios, y sus sentidos se pusieron en alerta de inmediato.

—Ah, está usted aquí.

Mara se giró lentamente, y se encontró con el presidente gandriano, quien mostraba con una sonrisa de oreja a oreja, pero los ojos de la maestra se clavaron sobre el hombre que acompañaba al dignatario, teniendo que hacer un gran esfuerzo para no dejar evidenciar su sorpresa.

Era alguien a quien había conocido.

—Pensaba que no iba a venir ¿Dónde está la jovencita que siempre la está acompañando? —preguntó el presidente, y Mara tuvo que hacer un esfuerzo para no ahorcarlo; el hombre que lo escoltaba, un humano de piel clara, cabello negro peinado hacia atrás y unos astutos ojos grises, sonrió de medio lado; aquel hombre, en quien Mara podía percibir una gran conexión con la Fuerza, iba vestido elegantemente.

—Está con un amigo —dijo escuetamente sin dejar de mirar a aquel hombre extraño.

—Por supuesto, tenemos fama de ser muy amistosos —afirmó el presidente.

Mara miraba de forma gélida, y el hombre no despegaba su mirada gris de la maestra Jedi.

—¡Qué maleducado soy! Maestra Jedi —los presentó el presidente Lestru—, él es Nej Rikil, un empresario filántropo. Dona una parte de su fortuna a los más necesitados.

Mara maldijo mentalmente.

—Ya veo —dijo Mara cruzándose de brazos.

—Señor Rikil, ella es…

—Jade por supuesto —completó Nej Rikil con un brillo en los ojos, sorprendiendo al presidente.

—No tenía idea que la conocía.

—Oh por supuesto. Jade y yo formábamos parte de un «negocio» y cuando éste quebró, ella se fue por su lado —comentó Nej.

—Y usted hizo su fortuna aquí, por supuesto —le dijo el presidente—. Bien, los dejo para que se pongan al día.

Y habiendo dicho eso, el presidente se marchó a saludar a los otros invitados.

Mara no apartaba su mirada de Rikil.

—Y ¿cómo va tu vida de Jedi, Jade? ¿Ya no extrañas ser una asesina?

—Mejor que tener una vida de mentiras, Rikil. ¿Qué haces aquí? —le preguntó Mara.

Nej Rikil, al igual que Mara, había sido una Mano del Emperador.

—Lestru ya te lo dijo, soy un empresario altruista.

—¿En serio? Menuda coincidencia, cuando te muestras por aquí, empieza a desaparecer la gente —lo acusó veladamente Mara, pero Nej Rikil se limitó a sonreír.

—Eras una buena Mano del Emperador, Jade. Sé muy bien que tú eras una de las favoritas del Emperador; después de Shira Brie por supuesto.

—Ah, el viejo Palpatine —dijo Mara y observó una sombra de furia atravesando la mirada de Rikil, al escuchar nombrar de esa manera al fallecido Sith—. Ese tipo estaba loco, yo estaba equivocada. He corregido mis errores, y ahora ya no me arrepiento de nada; soy una Jedi, y sería mejor que tuvieras cuidado, Rikil.

—Claro —ironizó Nej acercándose un poco—. Pero uno nunca deja ser una Mano.

Mara se quedó callada, y Nej Rikil le dio las espaldas.

—Te estaré vigilando, Rikil.

—Como toda una Jedi; siempre es un placer conocer a uno. Adiós Jade —se despidió Rikil, avanzando lentamente entre el público concurrente.

Mara se quedó en su sitio, sin que nadie pudiera quitarle la sospecha de que Nej Rikil era el responsable de todos los acontecimientos que habían venido suscitándose en Gandria.

Rikil no era un novato, él había sido entrenado por el mismo Palpatine, al igual que Mara; definitivamente, las cosas no iban a ser nada sencillas.

—Tía Mara —dijo Jaina y Mara se dio la vuelta, viendo a su sobrina de brazos cruzados y el ceño levemente fruncido—. ¿Quién era él? Los he visto hablar y sentí una perturbación en la Fuerza.

—Él, Jaina, es una Mano del Emperador —le informó Mara—. Y debemos andarnos con mucho cuidado.

—¿Crees que tenga algo que ver con las desapariciones? —le preguntó Jaina.

—Tal vez.

—¿Y todos esos pirados del Emperador no estaban bajo tierra? —volvió a preguntar Jaina.

—Yo también creía eso —le respondió Mara, colocando una mano sobre su hombro—. ¿Se fue tu amigo?

—Sí, debía acompañar a su superiora; él parte mañana temprano —dijo Jaina, algo apenada—. Me cae bien, pero lo bueno es que le di mi número de comunicador, para mantenernos en contacto.

—Bien —dijo Mara distraídamente—. Volvamos a la habitación, el ruido de esta fiesta me está martillando la cabeza.

*****

Nuevamente al interior de la habitación que les había facilitado el presidente Lestru, Mara decidió tomarse una sani-ducha, mientras Jaina se sentaba en el marco de la ventana, observando la luna y las numerosas estrellas, y sin estar muy segura de cuál era la razón por la cual no podía dejar de pensar, primero en Jag, y luego en Zekk. Estaba segura que extrañaba a Zekk, después de todo, era su mejor amigo de la infancia, y no terminaba de entender el porqué había tenido que marcharse, desapareciendo así sin más. En cambio, la fijación que empezaba a sentir por Jag, era algo que aún no comprendía. Meneó la cabeza, tratando de sacarse esas ideas de la cabeza. Lo acababa de conocer, aunque era cierto que tenían cosas en común: a los dos les apasionaban las naves y la mecánica.

Suspiró quedamente, mientras apoyaba su cabeza en el marco, cuando en ese mismo instante, escuchó una súplica: bajó la vista y vio una gandriana siendo perseguida por un encapuchado.

Jaina apretó los dientes, convocó mediante la Fuerza un chip transmisor, y saltó hacia la calle.

El encapuchado corría, persiguiendo a la pobre lugareña que lucía bastante asustada; Jaina lanzó el chip transmisor hacia su espalda, controlando la trayectoria por medio de la Fuerza, y corrió ella también.

El encapuchado se detuvo de golpe, y se quedó mirando a Jaina; ella asimismo se detuvo, y sacó su sable de luz, sin encenderlo aún.

Los dos iban estudiándose cuidadosamente, y el encapuchado sacó un arma, un bláster y apuntó con el arma a Jaina.

—¿Quién eres? —preguntó Jaina y llamó a su tía Mara mediante la Fuerza, pero el encapuchado no le respondió nada, y simplemente abrió fuego.

Jaina desvió los rayos con su sable de luz encendido al momento: la hoja de color púrpura centelló en la oscuridad, y el encapuchado lanzó una bomba de humo.

Jaina rodó sobre el suelo, buscando algo para cubrirse, y disipó el humo por medio de la Fuerza.

No había nadie.

—¡Jaina!

La joven Jedi se giró, y vio a Mara corriendo hacia ella, con el sable de luz en mano; definitivamente, se le veía preocupada.

—¿Qué fue lo que pasó?

—El encapuchado —explicó Jaina, mirando hacia la calle por donde había desaparecido el extraño.

—Volvió a desaparecer pero antes logré fijar un chip transmisor sobre su espalda.

Mara asintió.

—Entonces, ¿sabes qué significa eso?

—Que es hora de perseguirlo.

—Esa es la actitud.

Las dos avanzaron rápidamente hacia el hangar, en busca de un deslizador para rastrear al misterioso ser.

CAPÍTULO V
LA VERDAD SALE A LA LUZ

El seguimiento las llevó hasta un abandonado complejo industrial.

Ocultas tras unos densos arbustos, las dos mujeres se habían colocado de cuclillas, observando la enorme infraestructura. Había algo de gente: tipos con capuchas naranjas y trajes de color crema, se hallaban sentados, como llevando a cabo alguna especie de meditación.

Mara frunció el ceño.

—Por sus vestimentas, me hacen recordar a los renacidos.

—¿Quiénes? —preguntó Jaina.

—Sujetos sensibles a la Fuerza, que utilizan la Fuerza Oscura obviamente; pertenecían al Imperio Renacido, de ello ya hace algún tiempo. Desann era considerado su Líder Oscuro.

—¿Aquel que fue estudiante del Praxeum del tío Luke?

—Así es. El maestro Kyle Katarn logró desbaratar su organización; por lo que no entiendo cómo es que siguen aún en actividad.

—Ellos están secuestrando a los gandrianos.

—Y posiblemente, sean los responsables de la agitación desatada por los slauranos.

—Vayamos a investigar —dijo Jaina empezando a moverse pero Mara la contuvo.

—Ten cuidado, Jaina. Estos tipos no muestran dudas ante nada.

—Lo tendré en cuenta.

—Deslízate con cuidado; yo me ocuparé de distraerlos. Recuerda que la Fuerza te acompaña, úsala.

—Si, tía Mara. Que la Fuerza la acompañe.

Jaina gateó por el césped, descendiendo por un escarpado, hasta perderse de vista.

Mara volvió a fijar su mirada en los renacidos.

Se puso de pie, y corrió usando la Fuerza para impulsarse; cuando se acercaba a la valla electrificada, dio un gran salto, y cayó al otro lado con las rodillas flexionadas, se irguió, y sonrió a los ocho renacidos que la miraban sorprendidos.

—Hola, chicos. Hace un buen día ¿verdad? —dijo Mara, mientras tiraba al suelo su capucha, revelando su roja cabellera, la cual empezó a ondear al viento, mientras sacaba su sable de luz.

—¿Quién es el primero?

Ninguno de los renacidos dijo una sola palabra, pero dos de ellos adoptaron una expresión enfurecida, y encendieron sus sables de luz de color rojo.

Mara encendió el suyo al tiempo que bloqueaba un choque frontal; con un empujón de la Fuerza, lanzó por los aires a uno de sus atacantes.

Se giró mientras cortaba las piernas del otro renacido. De los restantes, uno corría hacia su izquierda, y tres iban directo hacia ella. Lanzó una onda de choque para el

renacido de su izquierda, el cual cayó al suelo, mientras su sable de luz contenía los golpes de los tres renacidos que se habían agolpado frente a ella.

A uno de ellos le propinó una patada mientras daba un salto hacia atrás. Uno de los renacidos caídos, se puso de pie y arremetió furioso contra ella, por su espalda.

Mara lo apuñaló sin apenas darse vuelta, y a continuación levantó el sable, cortando la cabeza del otro renacido que se ponía de pie a su derecha.

Posteriormente, Mara lanzó su sable de luz como si se tratara de un bumerang, atravesando su pecho, y luego, el arma volvió a su mano.

Giró sobre sus talones y bajó con rapidez el sable, abriéndole un tajo a otro renacido que se encontraba a sus espaldas, nuevamente y giró su espada para cortarle las manos a otro que se acercaba demencialmente.

Este último cayó al suelo, gimiendo de dolor, mientras Mara caminaba, concentrándose, sintiendo la Fuerza fluir dentro de ella.

Quedaban tan sólo cuatro renacidos, pero todos ellos la observaban con reverente temor.

Cogiendo valor, uno de ellos, corrió con el sable en alto, y Mara volvió a lanzar su sable dando vueltas, y atravesó el pecho del rival pero el arma siguió girando, terminando por atravesar la garganta de otro de los renacidos.

El sable de luz de Mara describió un círculo, y regresó a la mano de la maestra Jedi.

Uno de los restantes dos renacidos, se dio la vuelta y se lanzó a la fuga; Mara Jade caminó lentamente hacia el último que quedaba, claramente podía percibir el miedo y la rabia de aquel enemigo, el cual se lanzó al ataque.

La maestra se detuvo, aguardando el ataque, y cuando el agresor ya se encontraba lo suficientemente cerca, realizó un giro inesperado, partiéndolo en dos.

Unos sonoros y burlescos aplausos parecieron querer interrumpir la solemnidad del momento.

Mara localizó el origen del sonido, y observó que en la entrada del recinto se encontraba Nej Rikil, vestido con un traje negro, que recordaba poderosamente la usanza de los Sith, y la densa cabellera peinada hacia atrás.

Mara Jade apagó su sable de luz.

Nej Rikil bajó por las escaleras, caminando sin apenas prestarles atención, a los recientemente fallecidos renacidos.

—Nada mal, Jade. Aún conservas tu toque asesino, y se nota que has sido muy bien entrenada por Skywalker, por supuesto —la felicitó Nej.

—¿Estás detrás de esto? ¿Estás azuzando a los slauranos?

—Ellos ya tenían sus propios problemas con los gandrianos —le aclaró Nej, como restándole importancia al asunto, mientras caminaba por la tierra seca, observando a los caídos con su mano derecha oculta tras su capa.

Mara permanecía completamente alerta.

—Yo sólo les di el «empujón» que necesitaban. Una vez que caiga el gobierno gandriano, yo ocuparé el lugar de su presidente, y me constituiré en el gobernante de todo este Sector; después de eso, pensaré en desafiar a la mismísima Nueva República.

—Oh… ¿tanto añoras los tiempos del Imperio? —lo amonestó Mara, con un ligero tono de burla.

—Buscaré a Shira Brie, Jade. Ella está viva; se unirá a mí, y juntos lograremos que el Imperio pueda renacer. Iniciaremos una nueva cacería de los Jedi, y como un pequeño anticipo, a ti te pienso matar Jade, en este mismo momento.

—¿Shira Brie? —exclamó Mara sorprendida—. Pensé que estaba muerta.

—Ahora responde al apelativo de Lady Lumiya, una loca que se hace llamar Señora de los Sith.

Encogiéndose de hombros, Mara le preguntó con sorna:

—¿Y qué harás después?

—Por supuesto, pienso matar a Brie también… cuando llegue el momento.

—Ya me ocuparé de ella antes que tú —le aseguró Mara—. ¿Y dónde tienes a los secuestrados?

—¡No te lo diré! —gritó Nej Rikil, mientras sus ojos se coloreaban de amarillo, y sacaba su sable de luz, encendiéndolo al mismo tiempo.

Mara Jade igualmente encendió el suyo, adoptando una posición con las piernas ligeramente flexionadas y las dos manos extendidas, sujetando el sable con los codos ligeramente doblados, lo cual colocaba la hoja de su arma levemente inclinada hacia la derecha, y la punta de la misma, algo por detrás de su cabeza: un estilo de lucha copiado de su marido, el maestro Luke Skywalker.

Y supo que la verdadera batalla había comenzado…

*****

Jaina Solo continuaba avanzando rápidamente por la verde pradera, muy cerca de las vallas que conformaban el alambrado; se detuvo y se quedó observándolo.

Haciendo uso de la Fuerza, ejecutó un salto extraordinario, cayendo al otro lado de la barrera. A continuación, rodó rápidamente por los suelos, y terminó apoyada en una pequeña caseta. Pero desde esa posición, empezó a percibir algunos ruidos extraños, y lentamente fue deslizándose hasta llegar a la esquina de la construcción, en donde se inclinó un poco hacia adelante, para poder apreciar la situación de mejor manera.

Una gran cantidad de jóvenes gandrianos, atados con pulseras de iones, iban subiendo a una nave transporte; en sus expresiones, podía leerse el conformismo y la pena que los aquejaba, mientras eran custodiados en ambos flancos por los renacidos.

Jaina Solo apretó los dientes, y supo que no podría detenerlos, eran demasiados para ella; se volvió hacia atrás, tratando de urdir algún plan con posibilidades de éxito, y giró hacia la caseta. Se preguntó si quizás allí habría algunos datos interesantes sobre el destino de los gandrianos presos.

Empleando la Fuerza, abrió la estrecha puerta, e ingresó al interior del ambiente; la luz del exterior que iba filtrándose por el abierto acceso, llegó a iluminar toda la estancia. La muchacha se sorprendió de ver lo grande que era.

Escritorios, archivadores, sillas y hasta incluso un generador de holos.

Jaina se desplazó por la metálica superficie del suelo, sintiendo el sudor correr por sus sienes, y se acercó a uno de los holo-archivadores. Experimentando más curiosidad que miedo, empezó a revisarlo.

Era la grabación de un trato de Nej Rikil con el líder de los secesionistas slauranos: aquel hombre estaba detrás de todo.

Jaina pasó a otra proyección, y no pudo dejar de abrir desmesuradamente los ojos, producto de la sorpresa: aquel hombre pretendía llevar a cabo un golpe de estado, utilizando a los renacidos para apoderarse del gobierno, y otorgarles a los slauranos la tan ansiada independencia.

Después de revisar un poco más los datos allí consignados, obviamente, Jaina se dio cuenta de que sus verdaderas intenciones, lo que pretendía Nej, era traicionar a sus nuevos aliados, una vez que se hubiese consolidado en el poder.

Dejó el documento a un lado, y pasó a revisar otro archivo, en donde descubrió el perverso destino de los secuestrados: Ylesia.

Un infame planeta tropical, controlado por los hutts, y por supuesto, el lugar en donde se producía la ilegal y codiciada especia. Los jóvenes gandrianos iban a ser llevados como esclavos a aquel planeta.

Jaina sintió que la indignación bullía en su interior, pero antes de que pudiera dar rienda suelta a sus sentimientos, escuchó el siseante sonido de una espada de luz al encenderse; se giró lentamente, y logró ver a un joven gandriano, provisto de la característica piel amarillenta de sus congéneres, pero con los ojos rojos de la ira. La espada de color rojo como la sangre, brillaba con gran intensidad.

—Lo que me faltaba… un gandriano sensible a la Fuerza —masculló Jaina, mientras encendía a su vez, su sable de luz—. ¿No te molesta que empleen a tus compatriotas como esclavos?

—No. Yo soy distinto a ellos, yo soy diferente —afirmó el gandriano—. Yo soy Shan Harik, aprendiz de Nej Rikil; maestro del Lado Oscuro.

Jaina colocó su espada de luz hacia adelante, iluminando de púrpura su juvenil rostro.

Harik extendió su mano izquierda, desde donde una descarga de rayos enceguecedores, se dirigió hacia la joven Jedi.

*****

Mara Jade bloqueó frontalmente el ataque de Rikil, y haciendo uso de la Fuerza, proyectó un empujón, lanzándolo hacia atrás.

Después de recuperarse, Rikil extendió su mano, de donde nació una ráfaga de rayos cegadores en dirección a su contendiente. Mara los contuvo con su sable, y se tiró al

suelo, rodando para esquivar la andanada. A continuación se puso de pie, y pudo percatarse de la forma en que el antiguo Mano del Emperador, daba un gran salto por los aires, para terminar bajando con fuerza su espada sobre ella.

Mara lo bloqueó nuevamente, conteniendo su desmesurado ímpetu.

—Nada mal, has mejorado me atrevería a decirlo —la aduló Nej, y empujó a Mara.

La pelirroja retrocedió, mientras Nej blandía su sable de luz de izquierda a derecha.

La maestra Jedi bloqueó el asalto, y como contrapartida, le lanzó una patada en la cara a Rikil.

El hombre retrocedió, aturdido, y volvió a lanzar sus rayos de la Fuerza hacia donde Mara lo estaba esperando. La Jedi los contuvo con su espada, pero Nej iba poniendo cada vez más presión, por lo que Mara esta vez, no pudo detenerlo, cayendo de espaldas, y dejando que su sable saltara por los aires.

Mara se arrastró de espaldas y trató de enderezarse; Rikil ya se encontraba muy cerca. Sonriendo de forma macabra, asestó un golpe sobre el costado derecho de Mara, pero ella detuvo el ataque, empleando ambas manos, protegiéndose con la Fuerza: la hoja de luz no llegaba a tocar las palmas de las manos de la Jedi.

Mara sentía la presión y el sudor correr por su frente, sentía el calor de la luz muy cerca de su cara, mientras contenía la luz usando la Fuerza.

Rikil estaba fuera de sí.

La maestra Jedi usó una pequeña explosión de Fuerza, tirando a lo lejos a Nej. Convocó su sable, el cual voló rápidamente hacia su mano extendida.

Rikil se puso de pie, furioso y se lanzó como una centella hacia adelante. Mara dio un salto para salirle al encuentro.

Rikil pasó de largo, y se giró rápidamente pero Mara demostró ser más rápida: giró su muñeca, cortando la mano de Rikil que empuñaba su arma. Éste cayó de rodillas al suelo, contemplando incrédulo, el muñón quemado.

—Ha terminado Rikil, ríndete —le advirtió Mara, colocando la luz de su hoja, a centímetros de la barbilla del hombre.

Rikil fijó la mirada en la luz de color púrpura, y luego en Mara, se llevó la otra mano al bolsillo izquierdo de su traje, de donde extrajo una vibrocuchilla.

Ciegamente se puso de pie y se lanzó contra la Jedi, pero Mara no dejó tiempo a que prosperaran sus intenciones, apuñalándolo en medio del pecho.

Rikil dejó escapar un quejido, se quedó con los ojos abiertos, y cayó muerto al suelo.

Mara apagó su sable de luz y contempló por algunos instantes, el cadáver de Rikil.

—Jaina… —murmuró, recordando a su sobrina y salió en su búsqueda.

*****

Jaina rodaba por los suelos, esquivando los rayos de la Fuerza de Harik, quien reía como un poseído.

—¡Te mataré Jedi! —gritaba Harik mientras los escritorios y archiveros estallaban.

Jaina no tenía idea de cómo podría salir de ésta. Se humedeció los labios, tratando de pensar en un plan, pero parecía que su cerebro se encontrase bloqueado.

Harik se detuvo por un instante, mientras Jaina se ponía de pie. Rápidamente levantó su brazo una vez más, y Jaina logró contener la oleada inicial de rayos de la Fuerza, pero la presión era demasiado intensa, por lo que terminó cayendo de espaldas.

En medio de su caída, vio un archivero bastante grande, lo levantó usando la Fuerza, y se lo lanzó a Harik.

El gandriano dio un salto hacia atrás, saliendo del recinto, sonrió una última vez, y desapareció del campo visual de la joven Jedi.

A duras penas y sintiendo punzadas por todo el cuerpo, Jaina corrió a la salida y dobló la esquina, pudiendo apreciar el carguero cuya rampa todavía estaba bajada, y a Harik dando un gran salto ayudado por la Fuerza, cayendo finalmente sobre la rampa con las piernas flexionadas.

El carguero selló su entrada, y se elevó por los aires.

Jaina observaba con rabia cómo aquella siniestra nave desaparecía en medio del horizonte, llevando consigo a los secuestrados gandrianos. Bajó la mirada, y vio a dos renacidos que la miraban con furia.

Intentó restablecer la calma en su interior, mientras encendía su sable de luz.

Los renacidos corrieron hacia ella.

Jaina empujó a uno de ellos, mientras al otro le cercenaba la cabeza. El caído se puso una vez más de pie, pero Jaina giró sus talones, describiendo una media vuelta, y bajando su sable, para acabar por cortarle las manos. Hecho esto, la joven Jedi lo lanzó a lo lejos.

—Jaina —jadeó Mara dándole el alcance a su sobrina. Después de fijarse en las dos figuras de los renacidos que yacían en el suelo, volvió su mirada hacia el arma de su sobrina, podía percibir la rabia que anidaba en ella—. Calma.

—Siento… rabia, tía Mara —mascülló Jaina con los ojos apretados, mientras apagaba su sable de luz—. Se escapó el aprendiz de Rikil, junto con los secuestrados. Me siento frustrada.

—Calma, piensa en la Fuerza y deja que fluya en ti.

Jaina respiró profundamente, mientras se ponía de cuclillas, juntó sus manos y sintió la Fuerza fluir a través de ella. Pensó en sus padres, en sus hermanos, en sus amigos del Praxeum, y en sus tíos.

—No existe emoción…

—Sólo existe paz —completó Jaina.

Mara decidió no volver a pronunciar ninguna palabra; dejó que su sobrina pudiera despejar la mente, y así olvidar los pensamientos del Lado Oscuro.

Al cabo de un momento, continuó:

—No existe caos…

—Sólo la armonía —expresó Jaina y se puso de pie. Se giró, y se encontró con los ojos verdes de su tía.

—¿Estás bien?

—Sí —le aseguró Jaina—. ¿Y Rikil?

—Muerto —le confió Mara, y le dio un abrazo a su sobrina, pasando una mano sobre la cabellera castaña de Jaina.

—No sabía que tuviera un aprendiz.

—Se trata de un gandriano sensible a la Fuerza —le contó Jaina, y se separó un poco del abrazo de su tía, pero ésta no la soltó—. Se los llevan a Ylesia, como esclavos. Debemos detenerlos.

—Paciencia mi joven aprendiz —la tranquilizó Mara—. Antes debemos informar a Lestru. Creo que podemos considerar que hemos acabado con el problema de Slaurus, pero aún queda pendiente el asunto de los secuestrados.

—¿Pediremos ayuda?

—Informaré de esto al Concejo Jedi —le dijo Mara—. Muy posiblemente, tu tío Luke estará dispuesto a mandarnos voluntarios para poder rescatarlos.

*****

Lestru no dejaba de dar vueltas por la oficina, y una vez que hubo terminado de escuchar el relato de Mara Jade, el presidente gandriano —levemente pálido—, se detuvo y tragó una bocanada de saliva.

—No tenía ni idea, no lo parecía —afirmaba el mandatario, refiriéndose a Rikil—. Parecía ser un buen hombre.

—No debe fiarse de las apariencias —le recomendó Mara.

—Espero que con esto, las cosas con Slaurus ya no sean tan complicadas…

—El que echaba leña al fuego, ya está muerto. Puede intentar hablar con el representante de Slaurus, no habrá nadie que le manipule; deberán llegar a un acuerdo —le sugirió Jaina, y Lestru asintió torpemente.

Mara dio una palmadita de cariño a su sobrina.

—¿Y los secuestrados?

—De eso nos encargamos nosotros —le aseguró Mara, y al igual que Jaina, se puso de pie.

—Gracias por su ayuda —le dijo el presidente Lestru, extendiéndole la mano.

Mara Jade consintió el gesto de agradecimiento, aceptando que pudieran ser escoltadas hasta el hangar.

CAPÍTULO VI
YLESIA

Praxeum Jedi, Yavin IV

A pesar de su denominación como un cuerpo celeste satélite, la cuarta luna de Yavin constituía todo un planeta cubierto de extensas selvas tropicales de altas copas, pero con pocas cadenas montañosas.

En el pasado, en esta luna era donde se había establecido la base rebelde que había sido el centro de operaciones para defender y luchar en la famosa Batalla de Yavin, en la cual un joven rebelde, había logrado destruir la súper arma del Imperio; ese joven era Luke Skywalker, quien luego pasaría a ser el maestro de Orden Jedi.

El templo Massassi, otrora templo que fuera construido por los massassi para adorar al Lord Sith Naga Sadow, luego había pasado brevemente a ser la base rebelde en la época del Imperio, y actualmente era el lugar en donde jóvenes aprendices estudiaban los caminos de la Fuerza.

En ese momento, Mara Jade y Jaina Solo salían del hangar de desembarque, e iban caminando por los verdes pastizales, dirigiéndose hacia la entrada; Jaina experimentó una oleada de un sinfín de recuerdos, y la nostalgia comenzó a anidar en su corazón.

Las dos mujeres se detuvieron a algunos metros de la entrada: allí, muy cerca de ellas, había un grupo de niños haciendo levitar por medio de la Fuerza, algunas pequeñas piedras, bajo la atenta mirada de una maestra Jedi.

Mara se acercó a la maestra, una espigada mujer de piel bronceada y cabellos blancos, con los ojos de un color blanco perla. Aquella mujer volvió su vista a las recién llegadas, y las recibió con una gran sonrisa.

—¡Mara! Qué bueno verte.

—Tionne —correspondió el saludo Mara, mientras Jaina ejecutaba una leve inclinación de cabeza, en señal de respeto—. Me alegra verte.

—¿Cómo te fue con tu misión? —le preguntó Tionne Solusar.

—De eso quería hablarles —le dijo Mara—. Solucionamos una parte del conflicto, y la otra, necesita ser resuelta con urgencia. ¿Está Luke aquí?

—Sí —asintió Tionne—. Está en la Sala de Conferencias.

—¿Está muy ocupado el tío Luke, maestra Tionne? —intervino Jaina.

—No lo sé, sólo sé que está reunido con los maestros.

—De acuerdo, Tionne —le agradeció Mara, y junto con Jaina, enrumbaron a la entrada del Templo. La Sala de Conferencias era el mismo ambiente en donde Leia, junto con algunos otros de los líderes rebeldes, habían estado presenciando la batalla contra la primera Estrella de la Muerte.

Ahora lucía algo cambiada: ventanales abiertos, por donde el sol matinal alumbraba toda la estancia, y confortables sillones ordenados en forma de U.

Antes de entrar, Mara se dirigió a su sobrina:

—Creo que debes esperar afuera, Jaina, es una reunión de maestros.

—Está bien tía —convino Jaina, torciendo ligeramente el gesto, y quedando apoyada sobre la pared de enfrente.

Mara ingresó en la habitación en donde se encontraba Luke con los maestros Corran Horn, Kyle Katarn, y la chev Tresina Lobi, junto con los caballeros Kyp Durron, que era el único que estaba sentado, y la mon calamari Cilghal.

Luke sonrió al ver a su esposa haciendo su ingreso en la sala.

—¿Cómo te fue? —le preguntó Luke a Mara, una vez que ella hubo terminado de saludar a todos los presentes.

—De eso quiero hablarles —empezó su informe Mara—. Y deseo que todos me escuchen con atención, porque se trata de algo importante.

—Adelante —la invitó la mon calamari Cilghal mirando con sus ojos bulbosos a la maestra Jedi.

Mara respiró profundamente, mientras Luke y los demás presentes tomaban asiento.

—Como bien saben, fui a Gandria, junto con mi aprendiz Jaina Solo. Al estar en ese lugar, nos enteramos de un problema con Slaurus, así como de la misteriosa desaparición de una gran cantidad de jóvenes gandrianos; Jaina descubrió que eran unos renacidos los que secuestraba a los gandrianos.

—¿Renacidos? —repitió Kyle Katarn, mientras sus ojos marrones se iban abriendo producto de la sorpresa, y Mara asintió.

—En una reunión por el onomástico de la esposa del presidente de Gandria, me encontré con alguien que estaba ligado a mi antigua vida —continuó Mara—. Su nombre era Nej Rikil, una antigua Mano del Emperador, al igual que yo.

—¿Cómo? ¿No estaban todos «bajo tierra»? —la interrumpió Kyp, de manera intempestiva.

Luke miró a Mara.

—¿Estás segura?

—Sí, y él no es el único. También mencionó a Shira Brie —prosiguió Mara, y esta vez, fue Luke el que se mostró sorprendido—. Veo que el nombre te suena, Skywalker.

—Sí, la conocí una vez. Ella intentó desprestigiarme, pero su carrera terminó de manera accidentada. Por lo menos, era lo que tenía entendido. En algún momento había sido considerada la aprendiz de Darth Vader.

—Ahora se hace llamar Lady Lumiya —le reveló Mara—. Pero lo más urgente es esto: Jaina averiguó hacia dónde son llevados los secuestrados: los deportan a Ylesia como esclavos. Necesito voluntarios para detener todo esto.

—Yo iré —se ofreció Kyle Katarn, un Jedi de barba extensa y cabellera corta—. Yo sé cómo detener a los renacidos.

—¿Y tus aprendices? —preguntó Cilghal.

—Los puedo encomendar a Saba.

—Por cierto, ¿dónde está ella? —preguntó curiosa Mara.

—Entrenando a un grupo de jóvenes en los boques —le informó Luke.

—Yo también me ofrezco —se apuntó Corran Horn, un hombre de barba y cabellera castaña, antiguo oficial de la seguridad corelliana (CORSEC), y también piloto del Escuadrón Pícaro.

—Esta vez, yo pienso acompañarte —dijo Luke.

Mara asintió con una sonrisa.

—Les agradezco mucho, vayamos a rescatar a los secuestrados.

*****

Ylesia

Ylesia era un planeta tropical ubicado en los Territorios del Borde Exterior, en el sistema Cha Raab en el Espacio Hutt. El *Sable de Jade* comenzó a temblar al momento de ingresar a la densa atmósfera del planeta, pero el Jedi Corran Horn supo hacerse con el control de la nave después de algunos momentos.

Los demás integrantes de la fuerza de rescate, se encontraban en sus respectivos asientos, bien asegurados con sus mallas de seguridad, y en un trance meditativo, por lo que ninguno de ellos se preocupó por un segundo sacudón violento de la nave.

—¿Puedes aterrizar en las afueras, Corran? No queremos llamar la atención de los demás clanes hutt —le sugirió Luke acercándose a Horn.

El piloto asintió, mientras intentaba concentrarse, empleando la Fuerza para lograr un mejor aterrizaje. La nave descendió en medio del bosque, llevándose por delante algunos árboles, pero sin sufrir ningún daño.

—Vaya; había olvidado que aterrizar en este planeta es muy complicado, incluso para experto —dijo Corran a manera de disculpas, mientras los demás ocupantes de la nave, Mara, Kyle, Luke y Jaina se quitaban las mallas de seguridad, y se ponían de pie.

Había anochecido en Ylesia, y todos estaban al tanto de que la oscuridad de ese planeta era tan intensa, que no permitía apreciar los objetos que pudieran estar a su alrededor, por lo cual Luke extrajo de uno de los compartimentos, algunas gafas de visión nocturna.

—Corran, creo que deberías quedarte aquí, con la nave lista para despegar, en caso de que necesitemos llevar a cabo un escape inesperado —ordenó delicadamente Luke, mientras el aludido asentía ligeramente—. Kyle y yo iremos a buscar al aprendiz oscuro de Rikil, mientras Mara y Jaina se encargan de buscar a los secuestrados.

—De acuerdo —dijo Mara.

—Está bien —aceptó Jaina, aunque en el fondo no se sentía satisfecha; quería volver a enfrentarse a aquel sujeto.

Descendieron de la nave, y se colocaron las gafas, las cuales cubrían la mitad de su cara, teniendo unos visores extensos y sobresalientes, los cuales les conferían una apariencia robótica.

Jaina veía el bosque todo muy verde, pero sin señales de vida, por lo que se decidió a ir a la vanguardia.

Luke, Kyle, Mara y Jaina, llegaron hasta un lugar que parecía un pequeño poblado, y se agazaparon detrás de un muro. Había algunas casas en forma de hilera alrededor de una pequeña plazuela, y justo frente a ellos, se ubicaba una construcción más grande, y de aspecto metálico. En el mismo centro de la plaza, estaba un gran faro que iluminaba cada rincón de la plazuela.

—No pensé que los vería de nuevo —dijo Kyle, observando fijamente a los renacidos que deambulaban por allí—. ¿Cómo lo haremos?

—Cambio de planes —dijo Luke mientras sacaba su sable de luz—. Tú y yo saldremos a distraer los renacidos, para que Mara y Jaina ubiquen a Harik y a los secuestrados.

—Está bien —dijo Kyle mientras a su vez, sacaba su arma.

Las mujeres se quedaron en la retaguardia, mientras Luke y Kyle se ponían de pie, y avanzaban rápidamente hacia el centro de la plazuela. Las luces verde y azul de sus sables de luz, empezaron a brillar en medio de la oscuridad.

Los renacidos no tardaron en darse cuenta de su presencia, y encendieron las hojas de sus armas, rojas como la sangre.

Mara y Jaina corrían por el pavimento, rumbo a la casa grande; Mara giró su cabeza hacia una de las ventanas con barrotes de las casas, y le pareció ver un rostro amarillento, por lo cual se detuvo y se acercó a dicha ventana, desde donde pudo apreciar a un grupo de jóvenes gandrianos sentados sobre el suelo, de aspecto miserable.

Esas casas estaban habitadas por los jóvenes gandrianos. Mara empujó la puerta haciendo uso de la Fuerza, e ingresó como una tromba; los jóvenes gandrianos se alejaron hacia la pared posterior, mostrando expresiones de temor.

—No teman, no les haré daño —intentó tranquilizarlos Mara, avanzando por la estancia poca iluminada, desde donde aún se podía escuchar los siseos y golpes de los sables de luz de los contendientes en la plazuela—. Les sacaremos de aquí, ¿verdad Jaina?

La cabeza de la maestra Jedi giró hacia atrás, buscando a su aprendiz, pero aquella no estaba a su lado.

—Kriff.

*****

Jaina no había visto a su tía detenerse; ella se encontraba enfocada en un único objetivo: Shan Harik.

Había sentido su presencia nada más llegar al planeta, y no dejaba de preguntarse si acaso aquellos sentimientos, no podían asemejarse a algo parecido a la venganza; ya lo pensaría mejor después.

Al cabo de una corta carrera, ya estaba ante las puertas del edificio grande.

Les dio una gran patada, e ingresó presa de algunas emociones desbordadas.

La antesala que continuaba a las puertas de entrada, era un ambiente enorme e iluminado. Aun así, todo estaba silencioso y en penumbras… sin embargo, Jaina empezó a sentir un cosquilleo en la Fuerza.

Avanzó por la polvorienta superficie, con su sable de luz en la mano; sondeó por medio de la Fuerza, y en definitiva, pudo sentir una presencia.

Alzó la vista, y finalmente vio a Shan Harik bajando por las prolongadas escalinatas; lucía un traje de color gris, pero su piel seguía siendo tan amarillenta como lo recordaba, y después de haber dado algunos pasos con firmeza, ahora su sable de luz se encontraba encendido.

—Bien hecho, Jedi. Me encontraste —se burló Harik.

—No fue tan difícil —le respondió Jaina, mientras a su vez encendía su sable de luz, colocándolo por delante de su rostro, alunándolo de púrpura—. He descubierto tu escondite, y no vas a poder escapar de aquí; ya nos encargaremos de que los secuestrados vuelvan con sus familias.

Harik soltó una carcajada confiada, mientras Jaina se humedecía los labios: a continuación, sujetó fuertemente con ambas manos, la empuñadura de su sable.

El aprendiz oscuro extendió una mano, y Jaina se anticipó a lo que sabía que iba a suceder: los rayos de la Fuerza se dirigieron velozmente hacia la Jedi, quien logró contenerlos con su sable de luz.

Harik dio un gran salto hacia el medio del salón, y ambos sables de luz se entrecruzaron, chocando violentamente. Las chispas desprendidas de sus hojas, parecían querer calcinar la superficie de la habitación en la que se encontraban.

Jaina movía su sable de luz con gran rapidez, sorprendiéndose a sí misma; bloqueó el golpe a su derecha y luego hacia arriba, usó la Fuerza para alejar a su contendiente, y luego dio una voltereta, colocándose a sus espaldas.

Harik se giró rápidamente, ambos sables volviendo a trabarse, provocando nuevos chispazos.

—Morirás, Jedi —siseó Harik.

Jaina retrocedió un poco, y esperó a que Harik la atacase nuevamente, y no se equivocó; el aprendiz oscuro se lanzó como una centella hacia adelante, y Jaina le propinó una patada justo en el abdomen.

Harik se dobló de dolor, mientras Jaina rodaba por el suelo, y adoptaba una posición defensiva más firme. Harik corrió hacia ella, con el sable en alto y ambas armas chocaron frontalmente. Una vez más, Jaina lo contuvo, mientras ambos se miraban fijamente por encima del cruce de sus armas; ella podía ver los ojos amarillos de él, y él los ojos de color marrón de la muchacha.

—Te partiré en dos, Jedi.

—No ahora —dijo Jaina y para sorpresa de Harik, le sonrió y le guiñó un ojo; aprovechando el breve desconcierto de Harik, Jaina giró su muñeca y su sable púrpura cortó la mano de Harik.

El gandriano gritó con rabia, mientras se agarraba el muñón quemado. Después de quedar apagado, el sable del aprendiz oscuro rodó hasta las botas de la joven Jaina; ella lo recogió decididamente.

—Menudo olor descubriste —se dijo a sí misma la joven, mientras arrugaba la nariz ante el olor de la carne chamuscada.

En ese momento, un grito la apartó de los siniestros sentimientos que empezaba a experimentar.

—¡Jaina!

La aludida se giró, y se encontró con Mara de pie en medio del umbral del edificio. La maestra Jedi dio grandes zancadas en dirección hacia su pupila.

—No me hagas esto ¿entiendes?

—Entiendo, tía —se excusó Jaina, arrepintiéndose sinceramente. Sin embargo, por dentro, no podía dejar de sentirse bien: ya no tenía ese sentimiento extraño corroyendo sus entrañas, el cual la había estado enloqueciendo desde antes de su confrontación.

—No me di cuenta que ya no estabas a mi lado —le reclamó Mara, preocupada. Luego miró a Harik, hecho un ovillo, temblando sobre el piso—. Vaya, veo que te encargaste del problema.

—Sí.

—Entonces, mis felicitaciones —dijo Mara, mientras apoyaba su mano sobre el hombro de su sobrina.

—¿Y los secuestrados? ¿Dónde están tío Luke y Katarn?

—Los encontramos, y Kyle junto a tu tío, ya resolvieron el problema de los renacidos —le explicó Mara, al tiempo que veía a los mencionados aparecer en medio del umbral, visiblemente cansados.

—¿Es él? —preguntó el maestro Jedi, y Jaina asintió.

—Sé que por aquí debe haber un carguero —acotó Katarn—; los gandrianos están en la plazuela, reunidos y esperándonos.

—Iré a acompañarlos —se ofreció Jaina.

—¿Te enfrentaste a él? —preguntó Luke a su sobrina.

—Sí —confirmó Jaina.

—Estás mejorando —la felicitó Luke, y Jaina sintió un gran regocijo.

—Gracias, tío Luke —le sonrió.

—Kyle, llévate a Harik junto con los secuestrados. Ellos volverán a Gandria, y Harik irá a Yavin IV para interrogarlo —ordenó Luke, y su mirada azul volvió a posarse sobre su sobrina—. Puedes ir con Kyle, Jaina.

Jaina aceptó con una sonrisa y se fue junto con Katarn, quien sostenía al herido Harik.

Luke sintió las manos de Mara por su espalda.

—¿Buscamos a Corran para regresarnos?

—Sí, debemos ponernos en marcha —dijo Luke girándose para observar los hermosos ojos verdes de ella—. Has entrenado muy bien a mi sobrina; será una gran Jedi.

—Claro que lo será, es una Skywalker —le aseguró Mara, y Luke sonrió.

—¿Y Lumiya? —preguntó Mara.

—Creo que mientras no haga dé señales de vida, no nos daremos por enterados. No quiero que sepa que sabemos de su existencia, si es eso lo que pretende, pero aun así estaremos alertas; mandaré a dos caballeros para dar con su paradero. La mantendremos vigilada.

—Estoy de acuerdo —dijo Mara y su mano sujetó la de Luke—. Vayamos a casa.

Luke tomó con su mano protésica la barbilla de Mara, y sus labios se posaron suavemente sobre los labios de ella.

Luego avanzaron hacia la salida del edificio, tomados de la mano, rumbo a la nave en donde los estaba esperando Corran Horn.

Luke no temía a Lumiya, pero estaba seguro de que debería contrarrestarla, si es que hacía un acto de aparición. Pero por ahora, su mente sólo estaba enfocada en entrenar a la mayor cantidad posible de jóvenes talentos, en el Praxeum de Yavin IV.